

AL GENERAL SEGURA

La muerte... le temía.
Repasar la vida militar del General Segura y al ver el número de acciones en que tomó parte, tendremos que reconocer que la muerte no se alevía con él.

Pensad en los millones de proyectiles que habrán cruzado á su alrededor; en los centenares de machetes que habilmente manejados se habrán disputado la honra de cercenar su arrogante cabeza; en las innumerables fatigas sufridas en tierra cubana sin mermar lo más mínimo sus energías, y habrá que confesar que la muerte no lo quería cara a cara... quizás porque al verse frente a él, dudase de sus propias fuerzas.

Vengativa y solapada tenía que estudiar el medio de doblegar tan gran fortaleza; de destruir tantas energías.

Se declara vencida en los campos de batalla y espera ¡traidora la calma del hogar para asesinarlo!

Sabía que los suyos lo adoraban y no se atreve con él estando rodeado de compañeros de armas, lo tiene entre sus garras y teme lo arrebaten tan codiciada presa, disputandose la palma a palma, defendiéndola con el legendario valor español.

¡Había que asesinarlo sin temor alguno! ¿Y cómo? No se atreve frente a frente y se vale de seres microscópicos como de intermediarios asesinos para vengarse de su propio miedo. Lo rodea de halagos familiares y durante aún la embriaguez del entusiasmo, como vulgar, castrero y vil asesino, corta de pronto la existencia de tan preclaro hijo de Cuevas, antes que su familia y amigos puedan enterarse, creyendo todavía han de disputárselo.

¡Ya es tuyo! ¡Gózate en tu acción! ¡Saborea tu venganza!

Pero tu soberbia llena de ira te autocará a tu guadaña al ver que al apoderarte de su cuerpo lo ha muerto, pues ha quedado su nombre inmortal,

J. M.

JUSTA DEMANDA

Honar los pueblos á sus hijos

es honrarlos ellos mismos; y ya que nosotros tuvimos la suerte de que nuestro suelo fuera cuna de una de las mas esclarecidas figuras militares de nuestro siglo, perpetuemos en cuanto nuestras pocas fuerzas nos lo permitan el nombre ilustre de ese que orgulosos llamamos paisano nuestro y coloquen costada por el Ayuntamiento una lapida en la fachada de la casa en que nació, para que el forastero sepa que el pueblo de Cuevas ha dado a la patria hijos que la dieron fama y las futuras generaciones del país tengan un estímulo y se enorgullecen como hoy lo estamos nosotros y respeten como hoy respetamos la memoria del insigne general.

Todas las poblaciones que han tenido una figura cuya fama ha sido nacional se han honrado en perpetuar su nombre primero colocando la lapida á que aludimos y que su nombre del pueblo de Cuevas pedimos al Alcalde presidente que se haga cumplir tan justo deseo. Después, lo que el sacrificio de un esfuerzo permita, debe hacerse en su memoria: Reunanse las más salientes personalidades de la localidad y encabezen una suscripción para levantar un mausoleo que guarde los restos de Segura, cuya suscripción secundaría el pueblo espontáneamente y para cuyo deber sagrado están a disposición las modestas columnas de nuestra publicación y sus desinteresados redactores.

Que esta idea lanzada por EL FERROCARRILICO, sea acogida por todo el pueblo con el entusiasmo que merece.

A la muerte del Excmo. señor

D. Enrique Segura y Campen

Solo al recordar su historia;
Solo al pensar sus proezas;
Solo al cantar sus grandezas
Se me ofusca la memoria.
Si victoria tras victoria
Del gran caudillo narrara;
Si sus triunfos relatara
Cual los concibo en mi mente,
Haría que cual yo, la gente
De amor y orgullo llorara.

Por eso mi torpe mano
No escribirá hechos notables
Que en campañas memorables
Hizo en el campo cubano.
Mas mi corazón cuevano
Henchido de sentimiento
Late con fuerza y dá al viento
Expresión tan lastimera,
Que en una oración quisiera
Eleva al firmamento.

Canten sus gaitas los vates
Mientras un labio suspira;
Canten al son de la lira
Sus prestigiosos combates;
Canten los rufes combates
De aquel pecho vigoroso,
De aquel subiteo coloso,
Y como recae entre tanto....
Porque es muy debil mi canto
Para tanto hecho glorioso.

Campañas que en fausto día
Por sus victorias, gozosas
Distetas al viento ruidosas
Grates sons de alegría.
¡Lanzad en grave armonía
Ecos de tan flébil son
Que arranquen del corazón
Ayes de horrible amargura,
Y en tan grande desventura
Muestra hasta el bronce afición!

¡Troveos de la patria hispana!
¡Estandartes de la guerra
Que os clavarán en la tierra
Con feroza soberana!
Vuestro color gualdo y grana
Cubrid con negros crespones
Por aquel que a tus blasones
Mas blasones añadió,
Y á tus plantas humilló
Banderas hechas girones,

Patria gigante y briosa
Por quien derramó Segura
su indomable bravura
Tanta sangre generosa.
Muéstrate al mundo llorosa;
Pues fué tanta la hidalguía
Del que lloras, que si impía
Cualquier nación te ultrajara,
Él de su fosa se alzara
Y por tu honor pelearía.

¡Pueblo que viste ceñir
Láuros al poder de ayer!
¡Pueblo que viste nacer
Al que hoy has visto morir!
Haz los ámbitos crujir
Al grito de tu hondo espanto;
Vierte atribulado, llanto
Que junas voz importuna
Te tache de indigna cuna
De aquel que ha valido tanto.

¡Gloria al caudillo inmortal
De Sao Indio y Pozo Hondo!
¡Gloria al que valor á fondo
Demostró en el Guasimal
¡Gloria al noble general
Temido por su bravura!
¡Llor al que entró en la espesura
De la féráz Sigüanea
¡Gloria al héroe de Guinea!
¡Gloria al General Segura!!

José Martínez Alvarez de Solomayor.
Cuevas—12 Octubre 1905.

Crónica

¡SEGURA!

No ha muerto la raza árabe en nuestra tierra: los hombres de hierro de Castilla no reconquistaron el paraíso perdido por el rey godo; la cruz vencedora de Fernando no logró empalidecer ni menguar la media luna; ni el éxodo brutal de los moriscos, ni las hogueras, ni los suplicios de la Inquisición lograron arrancar á la raza del Profeta el dominio de Andalucía...

Como el macho vigoroso y hercúleo deja para siempre impresa la marca de su posesión y de su personalidad en la hembra que á él se entrega en cuerpo y alma, así la raza mora dejó su huella profunda y eterna en esta tierra que fué su amante.

Los guerreros castellanos no vencieron á los árabes; reconquistaron el suelo con sus espadas toledanas, pero ellos mismos se sintieron á poco subyugados, absorbidos; el alma árabe era más grande que el alma goda! El espíritu de Almanzor no murió al golpe de la espada de Fernando I; El espíritu no muere!

Somos árabes: salvajes, fanáticos, perezosos, enamorados, poetas, melancólicos, voluptuosos, vehementes, esclavos, como ellos; pero tenemos la hipocresía de no confesarlo, de renegar de la sangre de nuestras venas, del atavismo de nuestra alma. En vano nos vestimos á la europea en vano deseamos entrar con convicción y plenitud en la vida moderna. Permanecemos moros en todo. Musulmanes son nuestras costumbres y nuestros hábitos, nuestra moral y nuestra idiosincrasia.

Recordad al General Segura y en él habréis visto al tipo perfecto de la raza, fuerte, moreno, temerario y amante de la guerra! Leed su hoja de servicios! Toda su carrera desde simple soldado á general la ha hecho en los campos de batalla y él el hombre que había visto la muerte cien veces cara á cara, en sus últimos momentos protesta indignado, rebelándose á morir en el lecho...

Era todo un carácter.
Y es que hay algo en nuestros seres muy hondo, que grita muy alto que somos árabes; que tenemos la sangre mora llameando en nuestras venas; que los dormidos gérmenes de las hembras de nuestra tierra no en vano recibieron la sabia ardiente y brutal de los guerreros africanos...

Nuestras costumbres, nuestros sentimientos, nuestras ideas, todo lo que constituye el alma de una raza; ¿no nos hacen árabes hasta la médula?

¡El espíritu de la raza que vive y perdura á través de los siglos, cantará sus viejas canciones del desierto sobre la tumba de nuestro General!

M. Flores G. G. de Oro.

INSTANTÁNEA

Esperanza para la causa de España en Marruecos, su admirable labor de diplomático, de hombre de estado, empieza á dar naturales